

HERENCIA

MARNEY

Colocó la llave en la puerta de entrada y se abrió para Damián el sueño que había anhelado desde hacía mucho tiempo.

Dos años antes de este hecho Damián era un joven alto, con facciones viriles bien definidas, ojos color almendra, cabello lacio, corto, color castaño, piel clara apenas dorada por el sol. Su esbeltez estaba definida por un cuerpo de músculos delicadamente marcados por la actividad física de su trabajo. Su timidez era tal que no llamaba la atención. Solo se notaba por su carácter determinado y firme, sus convicciones y sus objetivos. Anhelaba un mundo en el cual no tuviera que pasarse el día contando las horas de trabajo sino que deseaba disfrutar más del tiempo libre, viajar, asistir a fiestas. Estaba dispuesto a todo con tal de lograr todo aquello que tanto anhelaba. Tenía una novia, Candela. Una chica dulce y simpática, de cabellos rojizos y ondulados, ojos color miel y unas pecas graciosas que le daban a su rostro una sensación de ingenuidad que combinaban perfectamente con su eterna sonrisa. Estaban unidos por los mismos deseos de una vida juntos. Candela se conformaba con su trabajo y una eternidad junto a su amor con la posibilidad de formar una familia.

Uno de esos tantos días en el que el trabajo era tedioso surgió la posibilidad de hacer un flete de esos que rinden como un mes entero. Carlos González Álzaga, un arquitecto muy renombrado de Recoleta necesitaba de un viaje para mudarse a su nueva casa en el Haras del Pilar. Se había comprado una parcela hacía unos años y, cuando al fin diseñó el proyecto que deseaba, construyó su morada. Era una casa de estilo medieval italiano, con ladrillos en el exterior con puertas y ventanas coloniales de medio punto. En el piso de arriba habitaciones con balcones por doquier. Una imponente y dramática escalera en el living con balaustrada de hierro forjado, paredes pintadas de blanco, techos altos, pisos de porcelanato. Cocina moderna e iluminada, con muebles en blanco y mesadas de mármol de carrara. Los baños tenían bañeras con hidromasaje, duchas vidriadas, vanitorys de madera tallada con piletas de mármol integradas a las mesadas del mismo material. Para la mudanza del departamento de Recoleta Carlos se contactó con Damián por un aviso que éste último se ocupaba de publicar a menudo en revistas del ambiente artístico. Sabía que en ese ambiente se movía mucho dinero y relaciones. Cuando conoció a Carlos se encontró con un hombre maduro, sexagenario, delgado, de cabellos grises teñidos por las canas que denotaban el paso de los años. Sus manos eran delicadas. Se notaba que no estaba acostumbrado al trabajo manual. Su rostro estaba

surcado por algunas arrugas producto de los años, aunque no demasiadas ya que se hacía algunos retoques con un cirujano plástico de su confianza. Sus modales eran delicados y denotaban que era un hombre de mundo.

Damián evaluó todas las cosas que debían ser mudadas y comenzó a diseñar en su mente el tetrís de cómo acomodar todo aquello en su camión de tal modo que nada se estropeará y llegar intacto a destino. Carlos quedó deslumbrado por ese muchacho esbelto, bien parecido y tan educado. Se percató de inmediato que todo su ser vibraba con la sola presencia de Damián. Hacía mucho tiempo que estaba solo. En esos años, luego del fallecimiento de Raúl, no había logrado abrir su corazón a otro amor. Era la primera vez que algo así le sucedía. Ni con Raúl fue tan intenso desde el principio. No sabía cómo insinuarle a Damián que sentía una febril atracción y que solo deseaba que pasaran más tiempo juntos. Quería saber todo sobre Damián. Deseaba pasar horas oyendo su viril voz contándole de su vida, sus proyectos, sus anhelos, aunque sabía que acercarse a un hombre heterosexual e insinuársele casi nunca se lograba el éxito de conquista. Damián terminó de acomodar el camión y se sintió satisfecho por el resultado. Aún quedaba espacio libre para cargar más cosas si las hubiera. Una vez que concluyó su labor le pidió a Carlos que lo dejaba refrescarse antes de partir dado que había sudado. Carlos le indicó el baño y le dio espacio para que se aseara con comodidad. Damián se sacó la remera y comenzó a higienizarse. Carlos se había quedado en un rincón desde el cual Damián no lo podía ver y estaba observando en detalle cada músculo de ese torso desnudo, sudado y musculoso.

Carlos lo esperaba en la puerta de entrada del departamento y le dijo que se adelantaría con su auto para informar al personal de seguridad. Así sería más fácil el ingreso al Haras. Le envió una foto del croquis del lugar al cual debía llegar para que no se perdiera en el sinfín del laberinto de calles del barrio. En el camino hacia el Haras Damián no dejaba de pensar en lo fácil que era la vida de aquel hombre. Aunque por la edad que tenía bien podía ser su padre, se notaba que había llevado una vida sin sobresaltos y necesidades. En cierto modo sentía envidia que para unos la vida resultara sencilla, fluida y fácil mientras para él pesada y plagada de obstáculos. Una vez que arribó a la casa del country se quedó boquiabierto con el lujo y los detalles de ese lugar. Para él representaba un palacio como el que alguna vez soñó. Carlos estaba emocionado mostrándole cada detalle de la construcción, decoración y mobiliario que con tanto esmero planificó. Mientras Damián acomodaba la carga en los lugares que le indicaba no dejaba de asombrarse... aunque también iba creciendo su envidia.

Cuando la mudanza estaba finalizando Carlos se animó a invitarle una copa para brindar por su nuevo hogar arguyendo que estaba solo y que tamaño cambio merecía compartirlo con alguien. La aceptación de Damián le dio pie para preguntar sobre su vida. El espumante que bebieron lo desinhibió lo suficiente como para que los hombres se soltaran en sus comentarios. Cuidadosamente Damián no habló de su novia ni de su heterosexualidad.

Carlos desbordaba de emoción cuando Damián aceptó su invitación a pasar un fin de semana en su casa después de haberse encontrado unas cuantas veces en un café cerca del estudio de arquitectura que ahora funcionaba en el departamento de Recoleta. Empezaba a elucubrar un plan, arriesgado, pero efectivo. Tenía que poder disfrutar de todo aquello que la vida no le había dado y que Carlos había obtenido tan fácilmente. Si eso significaba hacer algún sacrificio, sin dudarlo lo haría. Bien valía la pena el premio. En este caso, para él, el fin justificaba los medios. Es por ello que poco a poco se le fue insinuando disimuladamente en cada encuentro, cada vez con más vehemencia. Esas actitudes de Damián fueron bien interpretadas por Carlos lo que le dio el pie para invitarlo repetidas veces en lo sucesivo. La confianza que había surgido entre ellos generó en Carlos esa necesidad de más. Los meses pasaban y ya no se conformaba con la amistad de Damián. Se había enamorado perdidamente de aquel joven que despertaba en él pasiones que ya creía perdidas.

Damián planeaba cada encuentro dejando la puerta abierta solo un poco para que Carlos pudiera asomarse a sus sentimientos solo lo suficiente para mantenerlo enganchado. Sabía que su plan marchaba bien pero aún tenía ciertas dudas de cuándo y cómo iba a ser capaz de soltarse completamente y atreverse a una relación amorosa con un hombre aun cuando él no fuera homosexual. No sentía amor por Carlos, pero a través de los últimos meses había desarrollado admiración por él. “De esto al amor hay solo un paso”, se autoconvencía.

Fue una noche de verano a un año de la mudanza que Carlos invitó a Damián con la excusa de una fiesta que daría para festejar el primer aniversario en su casa del country. Damián aceptó gustoso. Se puso su mejor ropa, compró una botella de espumante y se dirigió al Haras. Cuando llegó se percató que era demasiado temprano ya que no había nadie. Carlos le confesó que no era una fiesta. Solo quería que estuvieran solos, que necesitaba conversar de algunas cosas muy personales con él. Damián entendió el mensaje a la perfección y, ante la sorpresa de Carlos, se acercó y lo besó. Fue un acto instintivo. Fue un beso tierno y dulce más de lo que Damián había imaginado que podría dar. Carlos enmudeció mas en su mirada se notaban las pupilas dilatadas y todo su cuerpo se estremeció con una corriente que conocía a la perfección. Damián no había planeado que sucediera esa noche. Carlos esperaba que Damián

se animara a hacerle el amor hacía mucho tiempo. Esa noche, por fin, Damián lo hizo suyo. Carlos llegó a su climax y sintió que su partener lo alcanzaba con él. No podía ser una noche más perfecta.

Con el correr de los meses Damián no pudo ocultar más a Candela lo que estaba pasando. Finalmente se decidió a hablar con ella. Ella tenía que entender que él no la estaba engañando sino ejecutando un plan que los llevaría a ser felices juntos con todas aquellas cosas que él soñó para los dos. Candela no pudo salir de su estupor cuando le contó todo lo que había sucedido en el último tiempo. Pudo comprender el porqué de las actitudes y las ausencias de Damián. Supo que él haría cualquier cosa por la felicidad de ambos.

Hacía unos meses que Carlos no se sentía bien. Estaba teniendo problemas para dormir. Había perdido el apetito, se sentía con poca energía y confuso por momentos. Había suspendido su trabajo hacía unos meses ya que no había obras que le interesaran para planificar. La situación económica del país no estaba bien y las inversiones escaseaban. Los pocos proyectos que habían aparecido no fueron de su interés. Estaba preocupado por Damián no quería que supiera que su salud se había deteriorado tanto en tan poco tiempo. Igualmente era él quien le daba esa energía extra que necesitaba para ser feliz. Entonces, después de pensarlo muy seriamente, tomó una decisión. Se comunicó con su escribano de confianza para hacer su testamento. Era soltero, sin herederos forzosos con lo cual podía disponer de sus bienes como él quisiera, sin dar explicaciones a nadie, sin obligaciones con nadie.

Damián podía ver el deterioro de Carlos a medida que pasaban los días, pero no se lo hizo notar. Sabía que había suspendido su trabajo y que hacía semanas no iba a la oficina. No quería influir en sus decisiones. No quería que sospechara. No quería que Carlos notara que también estaba sufriendo. No quería que se diera cuenta de la dualidad que habitaba en su conciencia.

Carlos decidió dar una fiesta. Estaba muy delgado y demacrado pero decidido a llevar a cabo su idea. Damián intentó convencerlo de que fuera a ver a un médico para que lo revisara. Carlos pudo apreciar, en los ojos de Damián, tristeza, desazón, confusión, ira, avaricia. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Sabía que Damián estaba batallando en su alma con una dualidad insoportable. Carlos lo había descubierto y esperaba que él se lo confesara. Pero muy profundo en su corazón sabía que Damián haría cualquier cosa por alcanzar sus sueños y él, Carlos, sería el instrumento que le permitiera abrir ese mundo que tanto deseó. Su amor era

inconmensurable, tanto así, como para seguir adelante con el plan que Damián jamás le confesó pero que descubrió por casualidad.

Estaba la casa del Haras llena de gente. Era una gran fiesta. Damián casi no conocía a nadie. Carlos estaba histriónico. No sabía de dónde había sacado la energía, pero allí estaba procurando que todos disfrutaran de la velada. En un momento de la noche Carlos pidió que todos se reunieran en torno a él porque quería decir unas palabras importantes. Pidió a Damián que se acercara. Lo miró fijo a los ojos con una mirada cancina, pero con una chispa de lujuria por el amor que le tenía. Lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y le entregó un sobre. Le dijo que ese sobre contenía los sueños que él tenía y que se harían realidad pronto. El rostro de Damián mostró sorpresa y a la vez complacencia intuyendo de qué se trataba el contenido. Pero hubo, por unas décimas de segundo, miedo y tristeza. No pudo ocultarlo lo suficiente porque Carlos alcanzó a ver esos sentimientos en su mirada perpleja. Entonces levantó su copa en señal de brindis y bebió su contenido hasta el final. Ni bien la terminó puso sus ojos sobre los de Damián, asintió con la cabeza y cayó al suelo en una convulsión que lo llevó a la muerte. Todos los presentes comenzaron a gritar y agolparse alrededor de Carlos. Damián permanecía parado inmóvil viendo la escena. Estaba paralizado. De pronto entendió el gesto de Carlos. Corrió al cuarto de enseres y buscó desesperadamente la caja del veneno para ratas que había estado administrándole en los últimos meses. Hacía 2 semanas había decidido no continuar con su plan y había interrumpido las dosis. Su corazón por fin había comprendido lo que era el amor mutuo, que ya no importaban los deseos que tuviera. Nada se puede disfrutar en soledad. Se había enamorado de Carlos. Él le había mostrado que el amor va más allá de todo, que es desinteresado y él, Damián, lo había traicionado.

Cuando Carlos descubrió el plan de Damián decidió terminarlo por él. Carlos le había entregado no solo sus bienes como único heredero, sino que le legó la importancia de la verdad, del amor, del compromiso, de la confianza, de la entrega.

Damián obtuvo lo que siempre deseó. Se casó con Candela y formaron la familia que ambos habían planeado y vivieron económicamente tranquilos con la herencia que Carlos les dejó. Pero Damián ya no fue el mismo. Se transformó en un hombre sombrío que cargaba con la culpa de la muerte del único ser humano que lo amó como ninguno lo había hecho, con la culpa de no haber sido sincero, con la culpa de no haberle dicho a Carlos que también lo amaba.